

Reseñas

Fernando Cortés, Agustín Escobar y Mercedes González de la Rocha, *Método científico y política social. A propósito de las evaluaciones cualitativas de programas sociales*, México, El Colegio de México, 2008, 402 pp.

MANUEL GIL ANTÓN*

Del falso barranco a la necesidad (y riqueza) del diálogo

Si leer un libro siempre se hace desde el sitio y la experiencia con que cuenta el lector, en el caso de un texto científico —y aún más en el que se reflexiona en torno al método seguido en el trabajo analítico que implica evaluar políticas sociales— es irremediable que quien lo lee lo haga desde el trabajo que realiza, la posición que ocupa o la perspectiva que considera adecuada sobre el tema. No hay, para esta condición, otro sendero.

En la lectura del libro de Cortés, Escobar y González de la Rocha, estuvo presente para este escritor la referencia al campo de investigación de la sociología de las universidades a que pertenece. Y, sobre todo, a uno de los momentos en que el supuesto precipicio que separa a las indagaciones que emplean cifras y métodos basados en la estadística —por un lado—, con respecto a las de carácter etnográfico —por el otro— perdió sentido. En ese entonces advertí que el diálogo enriquecía lo que es común, similar e imprescindible en el más estricto uso de la palabra, con independencia de las técnicas empleadas: la necesidad radical de la inferencia como actividad teórica y el cimiento empírico que la sostiene.

El episodio que narro ocurrió al inicio de los años noventa del siglo XX. Se estudiaba por qué fue así, como fue, la creación del espacio para el trabajo académico en las instituciones de educación superior mexicanas, y no de otra manera. El mismo fraseo de la pregunta remite a Weber y su proyecto intelectual: al esfuerzo por lograr una sociología comprensiva, esto es, que explique comprendiendo, o comprenda explicando por qué un fenómeno social fue así y no siguió otro de los cursos de acción también posibles. Que relacione, siempre, la propuesta de regularidades probables

* UAM-Iztapalapa.

con un sentido que las haga inteligibles. Unir el esquema propio de la explicación (causa/efecto) con el correspondiente a la comprensión (medios/fines), pues dar cuenta de la pura generalidad de cierta tendencia es estadística ayuna de sentido, habitante de archiveros o viejos informes presidenciales, y el relato pormenorizado y sin control de “un ejemplo” no es historia, sino en el mejor de los casos novela, o simple anécdota.

Un grupo de trabajo construyó una muestra, amplia y de acuerdo con los cánones de profesores universitarios, y les solicitó que respondieran un cuestionario. No detallo más, no viene al caso. En paralelo, Susana García Salord, estudiosa del mismo tema, entrevistaba a doce profesores, a los que había elegido intencionalmente —que no arbitrariamente— de la UNAM. Se compartía, entre otras, una pregunta: ¿cuál había sido el origen social, el capital cultural con el que arribaron a ser parte de la planta académica mexicana los miles de profesores que la expansión del sistema había hecho necesarios en los años en que la matrícula nacional se multiplicó más que los panes y los peces (1970 sobre todo)? La aproximación era diferente. Con sentido del humor, la doctora García Salord decía que los datos derivados de la encuesta eran “fríos, trozos de hielo”, en comparación con el relato de sus entrevistas a profundidad; y siguiendo la complicidad que todo diálogo lleva cuando es tal, le replicaban que pasar de sus “cálidos cuentos a ciencia” era imposible. Aclaro que en esto —y el buen humor da cuenta de ello— había un profundo respeto por el trabajo del otro, y claridad en que se empleaban modos de aproximación diferentes.

Un día, en un centro de cómputo, limpia la base de datos, con ese sentimiento tan peculiar que antecede a la primera visión de un resultado largamente *construido*, el grupo observó por primera vez, mediante una distribución de frecuencias, la escolaridad de los padres de los académicos —profesores universitarios— y el grado máximo que tenían al iniciar sus carreras en los salones y pasillos de las diversas instituciones: 70% eran hijos de padres sin primaria, y sólo 8% tenían algún progenitor con experiencia en estudios superiores. Esto es: 9.2 de cada diez fueron “pioneros” absolutos (los primeros de cada casa e historia familiar) no sólo al arribar a la educación superior sino, además, en ser, súbita de inesperadamente, “catedráticos”. Los “herederos” de esta condición, fueron minoría sin duda. El valor de la moda con respecto al grado máximo, al iniciar sus clases, era sólo la licenciatura, pero cerca de un 40% no la había culminado. Sólo 12 de cada 100 tenían, al inicio de sus carreras, un grado superior al que buscaban obtener sus alumnos.

En ese momento, por cierto, se hizo trizas la vieja idea, no exenta de una pizca de vanidad, que algunos atesoraban: haber sido casos peculiares en la academia pues hijos de padres casi sin estudios ya eran profesores universitarios, siendo, además, todavía estudiantes en el nivel de la licenciatura. No era consecuencia de genio precoz, sino un rasgo social compartido por la mayoría de sus ahora compañeros de oficio. Bienvenido al país, colega: al país en que la premura manda...

¿Es frío ese dato? ¿No dice nada importante en la evolución social del país y de su educación superior? Deja fríos, sí, a muchos estudiosos del tema en otras partes del mundo que se preguntan por qué no se contrataron doctores. Pues porque no los había, y ya. Pero, insisto ¿es un dato frío, o todo un indicador que muestra la complejidad

de trayectorias aceleradas, maduras a golpes, como José Martí dice de las frutas en la maravilla de poema al que tituló “Amor de ciudad grande”?

Por su parte, la doctora García Salord, al entrevistar a una doctora en química, recuerdo, halló que su padre fue mesero en el banquete que al cuerpo diplomático acreditado en México se le brindó con motivo de la inauguración de Ciudad Universitaria. Esta profesora le dijo: “Mi papá, viendo la nueva universidad mientras servía, se prometió a sí mismo que cuando tuviese hijos estudiarían ahí. No había él más que terminado la primaria. Con gran esfuerzo logró que estudiáramos (...) Aquí estoy, y mire que entré a dar clases cuando aún era pasante”. Por la forma de su obtención, ¿es este un dato cálido?

Veamos. Quien redacta este texto llegó a dar clases en la universidad antes de terminar la carrera y sin gran capital cultural de procedencia, medido por la escolaridad de sus padres: soy parte de un conjunto enorme —40% en lo primero y del 70% en lo segundo—. Apresurado, habilitado al vapor como profesor, cambié mi destino si lo fuera la infancia sin remedio: vender cerveza, no ser universitario y mucho menos escribir una reflexión suscitada por este libro. Y la doctora en química vive en otro lado social también cuando su derrotero más factible, sin la movilidad social que ocurrió en ese momento de la historia, era ser mesera o secretaria. No es así, condenada al origen, por el esfuerzo de su padre, inscrita en una circunstancia social específica —oportunidad no esperada, expectativa que no fue tal pues llegó y nos hizo suyos— e iniciada en el oficio a tropicones, como muchos miles más...

No es cuestión de “temperatura de los datos”, sino de dos maneras de aproximarnos a un fenómeno que derivan de preguntas semejantes, tradiciones formativas distintas, concepciones similares en el afán de sostener con evidencia lo anticipado desde una trama teórica y resultados convergentes. ¿Peleamos por cuál de los dos acercamientos es el adecuado? Sería soberbia y desatino. Celebramos la confluencia, pues proviene de la certeza del trabajo arduo, como mineros, de la misma veta con distinto zapapico.

Entre sus entrevistados, conversó largamente con herederos, no sólo hijos sino nietos de universitarios. Y de éstos la muestra también registra cierta proporción. Ella sabe que los herederos son pocos, pues los pioneros refieren que así eran todos en su tiempo, mientras los herederos afirman que entraron personas sin preparación alguna...

En fin, este es el referente que acompañó a mi lectura de un libro que ha de leerse y estudiarse y, si no me equivoco —por eso me atrevo a relatarlo— lo será siempre desde una experiencia de investigación determinada, una posición en la que se participa en (o se observa) el diseño y desarrollo de políticas sociales e, incluso, a partir de debates escolares de los que un científico social en ciernes está enterado y, tal vez, ya ha tomado partido, de forma prematura, como si de procesos analíticos inconmensurables u opciones políticas o deportivas incompatibles se tratara.

Una de las grandes aportaciones de este libro, que merece la noble expresión castellana de enhorabuena, es que refuta tal parecer y lo hace con conocimiento de causa. Ahora bien, ¿se trata en sentido estricto de una reseña lo que a continuación encontrará el lector? No, y la respuesta es así pues como tal, la presentación que al texto hace Rosa María Ruvalcaba cumple con creces el objetivo de dar a conocer, de manera

ordenada, crítica y fina en sus observaciones, el contenido del libro. Basta leer la presentación para tener una idea a fondo de la empresa que enfrentaron los autores y cómo la resolvieron desde el punto de vista de una concedora de las temáticas que no sólo relata lo que se hizo, sino que lo acompaña con sus preguntas y conjeturas.

Entonces, la tarea factible es dar testimonio de la lectura del libro por parte de un colega al que interesan los temas de la metodología y la creación de esquemas que permiten la inteligibilidad de los fenómenos y procesos sociales. Para ello, propongo un conjunto de consideraciones¹ que procuran invitar a su lectura y, a su vez, anticipan dilemas y debates posibles. Ya el lector podrá añadir otros: de eso se trata.

Las ventajas de la tensión

Hay algo que ocurre al menos en algunos casos en la ciencia que es interesante: de la tensión resultante de dos tendencias, aparentemente contradictorias e irreconciliables, si un investigador decide no optar por alguna, sino intentar una síntesis de sus aspectos relevantes —como si se hiciera una fusión en la música— surgen nuevas alternativas.

Es el caso de Weber, entre el historicismo y el positivismo. Rechaza del primero la supuesta dignidad de la acción humana, refractaria a la acción científica, por el hecho de otra suposición: la incalculabilidad —la imposibilidad de previsión ni siquiera probable— a resultados del libre albedrío. Pero rescata su afán por interpretar, por comprender, aspecto sin el cual su proyecto de sociología queda trunco. Y es cierto.

Del positivismo rechaza la pretensión soberbia que argumenta que sólo será ciencia aquella actividad que sea semejante a la mecánica *newtoniana*, que las regularidades concebidas como leyes son las que cuentan y que las explicaciones o interpretaciones teóricas son siempre especulativas y endeblen. El mejor ejemplo que arguyen es que la Ley de la Refracción de la luz propuesta por Descartes sigue siendo válida (regularidad firme) en el dominio de su aplicación, aunque el filósofo considera que esto es así dada la velocidad infinita de la luz. Esa parte, la explicativa, se derrumba al conocerse que la velocidad de la luz, si bien enorme, es finita, pero que esto ocurre sin afectar al enunciado legal. Rescata, entonces, que si bien las generalizaciones no bastan, son necesarias para tener asidero al momento de imputar sentido a las acciones sociohistóricas.

Y sucede igual con Popper: huyendo de la metafísica los científicos rehúsan afirmar nada del mundo, hartos de las discusiones inaprensibles de la filosofía, y se refugian en el instrumentalismo —las teorías son meros instrumentos de cálculo, y mientras sean útiles se mantienen—. Popper señala que tienen razón en escapar a la especulación sin freno, pero no en renunciar a la búsqueda de la verdad, pues es esa

¹ Sobre todo respecto a lo propuesto por los autores en los tres primeros capítulos y la conclusión, pues aunque la lectura de los casos específicos resulta muy importante, al no ser un tema de estudio que conozca bien, me remitió a las reflexiones de corte metodológico en las que concentro mi mirada.

la tradición griega de la ciencia y de la crítica, retomada en la Ilustración. Por ende, de la concepción que “esencialista” rescata la primera doctrina, que afirma la aspiración constante por conocer “la verdad”, y rechaza las otras dos: que esto es posible lograrlo del todo y que las mejores teorías son las que alcanzan las esencias; y del “instrumentalismo” acepta su aporte como esquemas de cálculo, pero afirma que no sólo son eso. Arriba, entonces, a su tercera concepción: la generación constante de conjeturas que buscan hacer contacto con la realidad a sabiendas de que no lo logran del todo jamás, para intentar siempre falsearlas, proceso en el cual es importante su elemento instrumental.²

Algo similar encuentro en este libro: Cortés, Escobar y González de la Rocha, pudiendo optar entre la falsa dicotomía cualitativo/cuantitativo —pues cada uno es diestro en lo suyo (Fernando en el trabajo con bases de datos de corte estadístico, y Agustín y Mercedes en el proceder etnográfico)—, se esfuerzan por sostener la tensión y arriban a una convergencia muy importante y, si se le mira bien, reveladora:

Es el profesor de generaciones en cuestiones de manejo de datos (no sólo, pero sí de manera destacada) el que afirma, y ha sostenido desde hace años, la mala puntería de los “cuantitativistas” en su ataque a los “cualitativistas” cuando afirman que los segundos no pueden generalizar y hay sesgos en la construcción intencional de las muestras. ¿Por qué afirma que esta crítica es inadecuada? Porque sabe que los riesgos de la generalización son compartidos en ambas aproximaciones —no sabremos, ya elegida la muestra, si resultó “buena”, sobre todo en ausencia de parámetros del universo confiables (situación hartamente frecuente): hay, al menos, un 5% de probabilidad de que aunque muy cuidado todo el proceder resulte una de las “malas” (y como diría Descartes, con una vez que pase ya hay que desconfiar metódicamente...) y es imposible despejar los sesgos de este proceder, pues la teoría siempre juega al hacer observable lo inobservable... Francamente me hizo pensar mucho la analogía de la relación entre validez externa e interna, con la que hace 25 siglos aportó Aristóteles entre la comprensión y extensión de los conceptos. A más de una, menos de otra. Es un punto a pensar detenidamente.

Y los colegas, formados en la antropología y entrenados en las muy complejas lides etnográficas bien hechas, no tienen empacho en reconocer los límites de sus aproximaciones, pero tampoco en reconocer los alcances y las confluencias con otras perspectivas de acercamiento a los observables.

Si no hay dogmas, las confluencias son posibles, no por ausencia de tensión sino al contrario: dada la tensión intelectual que implica entender(se) y comprender al otro, resultan fructíferas.

Por una investigación sin adjetivos

De ahí mis notas de lectura brincan a sostener —con los autores— que vale la pena hablar fuerte, insistir cuantas veces sea necesario ante una comunidad de científicos

² Esta apretada síntesis se encuentra desarrollada por Popper en “Tres concepciones sobre el conocimiento humano”, en *Conjeturas y refutaciones*, Barcelona, Paidós, 1983.

sociales que sigue aferrada, en buena medida, a una falsa dicotomía entre la así mal llamada “investigación cuantitativa” y la “investigación cualitativa”, perdiendo la oportunidad de la confluencia inteligente y protagonizando “guerras” supuestamente epistemológicas, más bien derivadas de la ignorancia: concuerdo con ellos sobre que es necesario proponer que la investigación en ciencia es eso, investigación científica, y es buena si hace comprensible intelectualmente, en cierta medida o rango, lo sucedido. No resulta buena o mala por los procesos metodológicos de la operacionalización conceptual que lleve a cabo. De ahí derivan los adjetivos —cuantitativa, cualitativa— que no son necesarios: apuntan a los métodos, no al proceder, inferencial, que los hermana.

Investigar consiste, según entiendo, en generar, si es el caso, o emplear una estructura de inteligibilidad sobre un dominio de objetos de conocimiento, no visibles sin ella, y que como tal (estructura) contiene relaciones de ligazón lógica coherente, ya sea predicando cómo es el mundo en el caso de una teoría sustantiva, o como tipo ideal al construir un parámetro de comparación absolutamente imposible en lo real, para a contraluz generar hipótesis e indagar el sentido del curso real de las acciones, procesos y relaciones sociales.

Echado a andar el proceso, lo hallado que no se acomoda o se asimila pone en crisis a la propuesta de inteligibilidad que el sujeto que investiga ha diseñado, de tal modo que se rompe con la pureza de un idealismo unilateral: la información, ordenada de acuerdo con las reglas de la estrategia analítica para explicar y comprender se rebela, no se deja atrapar y lo maravilloso es que es visible —en el sentido de observable— merced al esquema: dicen los que saben que lo que sucede es que junto con lo observable que se amolda al esquema de asimilación, surgen, inadvertidos en principio, otros. Y es así en efecto si se avanza (...). Si sólo se dan vueltas a la misma noria, todo queda impecablemente acomodado, pero estéril.

El método llamado científico, y que no creo que sea adecuado considerarlo normativo, sino una reconstrucción *a posteriori* de sus rasgos típicos a lo más, se centra en operar, no en adorar sino laborar con los conceptos, elementos del esquema ya mencionado, para que sean observables y por ello, medibles: y aquí concuerdo con los autores, y no estaría mal hacerlo más enfático: todo es medible si entendemos por tal comparable —contra un parámetro, en contraste con otro caso, contra nuestras teorías previas e incluso las consabidas preconociones— de tal manera que la aproximación que se dice cuantitativa compara, por ende mide; y la cualitativa compara, por ende mide.

¿Hay una raíz común? Claro, el modo de aproximarnos, con hartos números o con muchas páginas de conversación a la que le aplicamos una malla de inteligibilidad semántica, con regresiones no lineales o con procedimientos de saturación del discurso, depende de las preguntas. Y esas preguntas se responden, o al menos se intenta, a través de la inferencia, verdadero cimiento del trabajo científico y, yendo más al fondo, del conocimiento humano.

Inferir es tan necesario como comer y beber. No podemos evitar, sin una profunda angustia, la necesidad de explicar o dar razones de lo que sucede. Por eso los autores del libro confluyen, pues se comunican, con respeto y escucha atenta, la verosimilitud de sus inferencias, de las proposiciones causales que anticipan y luego ponen en co-

rrespondencia con la información disponible. Nunca se reorganiza la realidad “tal como es” (eso está, desde Kant, totalmente fuera del proyecto cognitivo humano), pero sí es posible evaluar cuál de las aproximaciones teóricas —con independencia de sus técnicas para producir la observación de lo importante— es la mejor disponible: ya será superada, sólo es cuestión de tiempo...

Varios telegramas...

De estos temas se pueden escribir muchas cuartillas, pero un comentario, una invitación a leer y discutir con lo dicho en el texto ha de tener límites. Este libro vale mucho por eso, por lo que suscita.

Enderezo el rumbo de la reflexión, sólo como ejemplo de tantos posibles, con unos telegramas, agenda o emplazamiento para discutir con los tres cómplices a los que aludo como escribanos del libro y sus lectores, ojalá muchos:

Es imposible afirmar, considero, que no exista o exista UNA realidad. Afirmar lo uno o lo otro sería resultado de un conocimiento *nouménico*, esto es, de la esencia de las cosas, de lo que son, las hace ser y no cambia, ni ha cambiado ni cambiará. El ya referido Kant dice que lo que nos es accesible, como posibilidad de conocimiento humano, es lo *fenoménico*, lo que las cosas son para nosotros, de tal manera que en el esquema de la página 31 no es necesario afirmar que *hay* realidades varias, aunque es a mi entender muy adecuado señalar que de las varias que hablamos son construidas, no constatadas. Está fuera del alcance humano saber si hay una, o no, pero como diría Piaget, si la hubiese, ha de estar organizada, pero no de cualquier manera.

Que sea inaccesible al conocer humano ni conduce a dejarla como supuesto de un sano realismo, so pena de declarar que toda la realidad es construcción sin referencias a lo que resiste o apoya, y por lo tanto, equivalentes o resultado de convenciones sociales sin asidero, puro poder sin control en la puesta en correspondencia con la parcela de lo real que hemos organizado intelectualmente. Creo que es más preciso indicar que todo acercamiento a “ella” sí es elaborado por el sujeto, pero sin cesar, a partir y retornando siempre a la relación con los objetos.

Cuando Hume despierta a Kant, según confesión del segundo, de su sueño dogmático, al mostrar que la causa y por ende la causalidad —cuestión que Cortés y sus colegas hacen muy bien en distinguir— no son observables (lo son contigüidad, antes y después... pero la causa es otra cosa) sino atributos del sujeto como Categoría de la Razón, imputaciones (Weber) o atribuciones (Piaget) desde las teorías que hace un sujeto activo, lo hace en general, para todo conocimiento humano, no sólo incluyendo, sino enfatizando que es el caso en el científico. Este aporte es uno de los pilares de la epistemología moderna, esa que no pretende guiar cómo hacer la ciencia, sino que se propone estudiar cómo se hace la ciencia, aceptando para sí, como actividad científica similar, todas las exigencias de una ciencia empírica.

Dado que la explicación causal es una propuesta del sujeto y no deriva de la mirada simple a la empiria, vale tanto para el que investiga empleando la estadística más sofisticada o el proceder etnográfico más elaborado. Desde el camino aceptado,

y no por el modo de andar adoptado, queda como tarea ineludible hacer proposiciones causales y mostrar su solvencia en el tribunal de la inteligibilidad más exigente: coherencia lógica y resultados sólidos de la puesta en correspondencia con la información analíticamente elaborada. No hay nada de información cruda, de esa que, ingenuamente se dice: “ahí está, sólo es cuestión de abrir los ojos”. De nuevo Piaget ayuda con una frase directa y contundente: “Un no sabe lo que ve, sino ve lo que sabe”.

¿En realidad Oportunidades ha hecho cambiar las cosas? Salud, educación, nutrición (...) trabajo de las mujeres, los niños, relaciones comunitarias (...) ¿qué ha de ser parte de la propuesta de modelo de atribución o imputación causal? Esta pregunta no se salva diciendo que se hace estadística o etnografía, sino mostrando la coherencia de la información, organizada en un modelo explicativo, para cotejarla con las inferencias previas, esas cosas a las que suele llamárseles hipótesis o conjeturas, y entonces comprender. Sin ello, habrá demagogia, anuncios en la televisión del gran beneficio de tal programa, pero no una evaluación del impacto de la acción programada en la complejidad de las relaciones sociales y sus patrones relativamente estables de referencia.

Cuando Weber se propone sintetizar al historicismo con el positivismo para lograr una ciencia de lo social que valga la pena, pues explica y comprende, se lanza a una aventura intelectual difícil: no queda bien con nadie, pero funda una manera de ver al mundo —creo que no sólo al social— que es muy valiosa y patrimonio común. Por ello el último telegrama de este apunte para conversar con los autores y otros lectores del libro es la siguiente desmesurada opinión, sujeta a la más dura crítica, pero que proviene de haberles leído con empeño:

Me parece que la síntesis y diálogo que logran entre el trabajo con base en *datos* estadísticos —advirtiendo sus alcances y límites al construirlos— con los *datos* que provienen de aproximaciones etnográficas, tampoco perfectas e igualmente construidas, es paralelo al *weberiano* entre la explicación y la comprensión: el primero privilegia, no se agota, en el esquema causa-efecto, y en el segundo predomina, se enfatiza pero no se reduce, al esquema medios-fines. Al estar en relación, su horizonte es comprender y explicar, como la ciencia social, a mi juicio, ha de hacer. Ya sea el impacto de un programa, un hecho, un conflicto o la anomia (...). Lo crucial es saber que siempre hay aproximaciones mejorables, y esos acercamientos son más potentes si se fertilizan los procedimientos entre sí, y no se declaran incompatibles: por ejemplo, una cosa es medir en cuántos casos los beneficiarios mandaron a los hijos a la escuela, y otra, distinta, es cómo fue la experiencia escolar —entre un profesor que llega el martes y se va el jueves, o un muchacho del CONAFE que se la juega de lunes a domingo por generar ambientes de aprendizaje—. El impacto del programa en un nivel de observación, no menor pero incompleto, es que aumente la permanencia en la escuela, para lo cual un trabajo estadístico es necesario. Mas el impacto en la equidad y la posibilidad de contar con elementos para salir de la condición marginal, si no integra en su concepción y análisis la variabilidad de la experiencia educativa, se queda corto. Ese terreno, no abordable por los procedimientos de las encuestas, halla en la etnografía un camino eficaz que, en conjunto con el anterior, amplía el panorama. Insisto: si son convergentes y estimulan la mejoría en cada caso, las aproximaciones

técnicas que cada pregunta o subdimensión de la indagación requiere y su confluencia son, más allá de compatibles, necesarias.

Esto, de una manera muy clara, afirma Rosa María Rubalcava en su ensayo inicial:

Concluyo esta presentación convencida de que en las dos grandes secciones en que se divide el libro (los tres primeros capítulos de reflexión metodológica y los tres siguientes en que se muestra la fertilidad de la indagación etnográfica en el análisis de los programas sociales)³ se exponen estrategias de investigación de las que asegurar que “son complementarias” *es decir muy poco*. Los dos enfoques están llamados a integrarse en una sola perspectiva porque el desvincular las evaluaciones *cuantitativas* —estadísticas— de las cualitativas —etnográficas— y no prever su realización regular y sistemática tendrá costos muy altos para el diseño, ejecución y rendición de cuentas de los programas sociales, pero sobre todo en los efectos de las acciones que dirigen a sus beneficiarios. (...) [porque] los acuerdos académicos también son construcciones sociales.

Añadiría a esta muy certera forma de expresar el eje central del libro que, si bien referido a la evaluación de programas sociales, la propuesta rebasa este objetivo específico para dirigirse a otro, más general: para una ciencia social que valga la pena, decir que no son compatibles las aproximaciones estadísticas y las etnográficas es ya insostenible; afirmar que son complementarias, como bien dice Rubalcava, es insuficiente, porque vinculándolas hay una fertilidad en la comprensión y explicación de los fenómenos sociales mucho mayor.

Acerca de las generalizaciones

Cierro este comentario con una veta que, sin ambages, me entusiasma al reflexionar sobre lo leído: cuando se critica a la etnografía de no poder generalizar sus hallazgos o a la estadística por ser fría y extrapolar simples valores de sus muestras a las poblaciones, se olvida un aspecto crucial en la epistemología de las ciencias sociales: la generalización, en otro sentido de la palabra, implica el reto de generar un esquema de explicación y comprensión amplio, replicable, abierto a su enriquecimiento y susceptible de guiar las investigaciones sobre un campo o proceso *en general*; de este modo, la generalización que vale mucho más la pena como proceso intelectual es la que, con independencia del modo de aproximarse a su objeto, propone, con solvencia teórica, un modelo analítico sólido —una estrategia para hacer inteligibles los fenómenos sociales, compuesto por los factores causales más relevantes y sus relaciones— que nos hace avanzar en la explicación y entendimiento de lo que, en este caso, una política pretende hacer, hace o finge hacer a sabiendas del engaño.

³ El paréntesis no proviene del original, sino del redactor para poner en contexto la cita de la autora. Y cuando, más adelante, se ponen unas palabras en cursivas y negritas, no es que así provengan en el texto de la doctora Rubalcava, sino que considero necesario destacarlas dada la argumentación previa.

Es el modelo analítico lo que está en juego. Su nivel de fertilidad, generalizable como propuesta teórica abierta a la crítica es crucial. Es, bien visto, lo que importa. Es el avance en la teoría que reflexiona sobre su camino: eso es la metodología que requerimos; son los caminos que hay que pensar. Es lo que hace este libro y por eso importa estudiarlo, que leerlo no basta.

José Medina Echavarría, *Panorama de la sociología contemporánea*, México, Centro de Estudios Sociológicos, El Colegio de México, 2008, 286 pp.

ALEJANDRO BLANCO*

A casi setenta años de su primera publicación, esta segunda edición aumentada de *Panorama de la sociología contemporánea*, opera prima sociológica de este verdadero *institution builder* de la ciencia social latinoamericana, constituye un hecho por demás relevante. No se trata, ciertamente, de la obra más importante de Medina Echavarría; es, quizá, su obra más modesta. Pero es importante desde el punto de vista de la trayectoria del propio Medina Echavarría y, por añadidura, de la historia de la sociología en América Latina. En efecto, *Panorama de la sociología contemporánea*, verdadero punto de inflexión en su trayectoria intelectual, marca el comienzo de su vocación por una disciplina nueva y por entonces en ascenso, pero que de ahí en más Medina Echavarría habría de cultivar de manera ejemplar en un medio intelectual que no era el de su origen. Asimismo, la trayectoria de la obra misma refleja la tormenta del mundo de entonces: entregada a la imprenta de la *Revista de Derecho Privado* de Madrid, en 1936, bajo el título de *Introducción a la sociología contemporánea*, su publicación se vio frustrada por el estallido de la guerra civil y recién cuatro años después pudo finalmente ser publicada en México, en una versión ligeramente diferente. En tal sentido, *Panorama* es una obra de transición en muchos sentidos: no solamente es expresiva de un cambio en los intereses intelectuales de Medina Echavarría, sino que marca el inicio de una nueva experiencia social e intelectual por parte de su autor: la del exilio.

Además de un texto inédito redactado por esos años —y al parecer extraviado por su autor—, esta segunda edición contiene un documentado estudio preliminar a cargo de Laura Angélica Moya López y Juan Jesús Morales Martín. En este último, que el lector leerá con provecho, sus autores ofrecen no solamente algunas claves de lectura de la obra, sino también una reconstrucción del contexto político e intelectual en el que la misma fue producida, a la vez que una comparación entre la versión original del texto y la que finalmente fue publicada en México en 1940. En la primera parte, sus autores se detienen, y con razón, en un examen de la cultura intelectual española del primer tercio del siglo XX, y especialmente de las distintas orientaciones de la tradición de la sociología española dado que, si bien fue publicada por primera vez en México, esta primera obra sociológica de Medina Echavarría fue concebida en

* Universidad Nacional de Quilmes-CONICET.